
YAHOO! Groups


LSW
LIBROS STARWARS

El pasado 14 de diciembre de 2019, Yahoo cerró los archivos de los grupos yahoo, el lugar donde, hace mucho tiempo, comenzó nuestra colección de libros.

La gran mayoría de nuestra colección ya había sido movida al foro, donde continúa siendo corregida y ampliada. Pero algunas cosas habían quedado olvidadas por allí. Estos son unos relatos de fan-fiction rescatados a último momento de esos archivos.

Relatos incluidos:

- Vivencias de un stormtrooper
- El guardián de la esperanza
- Ha nacido el caza recompenzas
- Preguntas y respuestas



Relatos rescatados del grupo yahoo

Varios autores



Autores: alex_b_harry y Javi-Wan Kenobi
Publicado originalmente en los archivos del grupo yahoo libros_starwars
Publicación del original: 2005-2006

Estas historias son fan fiction, no forman parte oficial de la continuidad

de 22 años antes a tal vez un poco después de la batalla de Yavin

Revisión: ...
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
12.01.20
Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Vivencias de un stormtrooper

por alex_b_harry

¡Al fin he encontrado mi verdadera vocación! Ya nunca más tendré que soportar que me llamen loco, ni depravado, ni tendré que volver a pasar por otro maldito psiquiátrico. Eso ha quedado atrás. Ahora soy un stormtrooper y todo gracias a que esos estúpidos clones resultan demasiado caros y el Imperio se ha visto obligado a lanzar una campaña de captación de nuevos reclutas. Lo que necesitan son soldados de verdad, a los que puedan exigir que maten cuando sea necesario a cambio de un mediocre salario. Sí, ese soy yo. ¡Un verdadero mercenario!

Hoy he recibido mi primera misión. Nos han informado de que se está produciendo una acción subversiva en el planeta Kashyyyk y de que vamos a ser desplegados allí para neutralizarla. Según parece se trata de una pequeña facción local, ayudada por algunos miembros de la Alianza Rebelde, que intenta hacerse con el control del Planeta. Creo que no será difícil acabar con ellos, pero la verdad es que estoy deseando entrar en combate. No veo la hora de acabar con esos peludos wookiees. Si puedo le arrancaré los dientes a alguno de ellos y me fabricaré un macabro colgante. ¡Será fantástico!

Finalmente, nuestras naves han tomado tierra en Kashyyyk y aparentemente todo está preparado para que lancemos la primera avanzadilla. Noto que mis compañeros están algo nerviosos, pero yo me siento muy bien. Confío en que todo saldrá tal y como tengo previsto. El teniente Tedd, un veterano soldado clon curtido en mil batallas, será el jefe de nuestro comando. A mí se me ha asignado la tarea de cargar con un lanzamisiles y estoy muy contento, ya que es mi arma favorita. Si tengo suerte podré aniquilar a cientos de esos animales wookiees con ella. ¡Seré un héroe y me ganaré el respeto de todos!

El teniente Tedd ha dado la orden de salida para nuestro comando y ahora todos nosotros corremos tras él atravesando el denso follaje de la jungla. El lanzamisiles que cargo sobre mi espalda pesa mucho, pero no importa. Llegado el momento será el arma más útil de todas.

A lo lejos, sobre las copas de los gigantescos árboles de aquella jungla, puedo distinguir las llamas de un monumental incendio provocado por nuestras tropas, que poco a poco va devorando una aldea wookiee. Esta es la única forma de hacer que esos animales bajen de los árboles para que podamos aniquilarles y todo va saliendo según lo establecido. Ante tales expectativas empiezo a excitarme.

Estamos muy cerca. El ruido producido por los disparos y las explosiones es ensordecedor. Hay cadáveres wookiees por todas partes. Sin darme cuenta, en mi rostro se dibuja una radiante sonrisa de satisfacción y triunfo. La adrenalina se me dispara y siento ganas de matar, de forma que me dejo llevar por mi instinto. Coloco mi lanzamisiles en posición de disparo, lo cebo y casi sin apuntar lanzo un poderoso proyectil contra mis enemigos. Segundos después contemplo con orgullo como media docena de cadáveres wookiees salen despedazados en todas direcciones. ¡Este es un gran momento! Ahora sé lo que se siente al matar y me gusta.

La batalla continúa a mi alrededor mientras yo disfruto de mi momento de gloria. Los wookiees están siendo masacrados. Hemos logrado arrinconar a algunos en una zona despoblada de vegetación, donde no tienen forma de esconderse tras los árboles. Sus ballestas no pueden hacer nada contra nuestras modernas y efectivas armas. Caen como moscas.

De nuevo cebo mi lanzamisiles y me dispongo a disparar, pero incomprensiblemente veo como algunos de mis compañeros detienen su avance. En sus caras hay miedo y angustia. Ante mi creciente desconcierto, algunos de ellos abandonan despavoridos el campo de batalla.

Pero, ¿por qué? ¡Esto no tiene ningún sentido! Les superamos notablemente en número y en armamento. Están arrinconados. Pero entonces, ¿por qué huyen mis camaradas?

¡Bah!, no importa. Son unos cobardes. Yo les enseñaré quien es el mejor stormtrooper de todo el imperio. Cuando esto termine, el Emperador en persona tendrá que venir a darme las gracias por mi incomparable demostración de valor en combate.

¡Un momento! ¿Pero qué es eso? De repente percibo un intenso calor y creo distinguir un potente destello de luz a mi espalda. Sin darme tiempo para reaccionar se produce una gigantesca explosión a pocos metros de donde yo me encuentro y en pocos segundos me veo rodeado por una oscura nube de humo y polvo.

Durante un tiempo indeterminado, que a mí se me antoja una eternidad, deambulo por los alrededores sin ver nada. Estoy asustado y me siento indefenso. En la lejanía escucho débiles gritos, pero a la vez percibo que cerca de mí hay gente corriendo de un lado a otro. Esto significa que la explosión debe de haberme reventado los tímpanos.

Poco a poco, cuando la nube de humo empieza a disiparse, voy recuperando la visión. Lo primero que logro distinguir a mi alrededor son los humeantes restos de un wookiee, que debió ser alcanzado de lleno por la explosión. Su cuerpo ha quedado destrozado. Inmediatamente después noto que alguien se aferra con fuerza a mis piernas y de la impresión casi me da un infarto. Al mirar hacia abajo, descubro que quien me toca es el teniente Tedd, mi oficial superior, que de la misma forma que el wookiee, debió ser alcanzado por la explosión y ha quedado gravemente herido. Tiene el cuerpo y la cara ensangrentados. Los brazos salpicados de metralla y ambas piernas amputadas. Ahora se arrastra por el suelo pidiendo ayuda a los supervivientes.

El teniente Tedd trata de decirme algo, pero yo estoy tan aturdido que no logró entenderle. Mi corazón palpita a mil por hora. La cabeza me da vueltas y siento nauseas. Descubro que la nube de humo ha desaparecido casi por completo y esto me permite ver que los alrededores están devastados. Hay gigantescos cráteres en todas partes. Cadáveres y sangre por doquier. Los supervivientes que alcanzo a distinguir entre la confusión en aquel paisaje desolador, ya sean wookiees o stormtrooper, deambulan de un lugar a otro esquivando cadáveres. ¡Aquello parece el mismísimo infierno!

En ese momento fijo mi atención en el teniente Tedd, que parece desesperado en su intento de decirme algo. Me hace gestos y grita violentamente. Está muy nervioso y de

tanto gritar parece que las venas del cuello le vayan a estallar. Por fin, cuando logro salir del shock y empiezo a recuperar el control de mi mente, alcanzo a comprender lo que el teniente trata de decirme:

—Nuestras propias naves nos han bombardeado, muchacho. Tenemos que salir de aquí. ¡Van a volver!

Aquellas palabras me hacen recapacitar. Antes de todo aquello, mi comando y yo avanzábamos por la jungla en busca de nuestros enemigos. Al fin llegamos al punto prefijado y comenzamos la batalla. Siguiendo las órdenes del alto mando, rodeamos a los wookiees y les encerramos en una zona despoblada de vegetación, donde se convirtieron en un blanco fácil. Y entonces…

¡Maldita sea! Ahora lo entiendo todo. ¡Era una trampa! Nuestros superiores nos han utilizado para hacer el trabajo sucio. Rodeamos a los wookiees y les hicimos entrar en un embudo. Con ello les preparamos el blanco perfecto para un bombardeo. Después de aquello nuestras naves lanzaron un ataque demoledor contra los wookiees, sin preocuparse por lo que nos fuese a ocurrir a nosotros. Ha sido una maniobra astuta pero tremendamente cruel. En la Academia Imperial se denominan a estos casos como «una pérdida de efectivos admisible para lograr un objetivo estratégico».

Mi cerebro se niega a aceptar que aquello haya podido ocurrirme a mí. ¡No es posible! ¡Yo soy un gran soldado! Mis superiores valoran el trabajo que he realizado a lo largo de estos meses y nunca me sacrificarían para lograr un insignificante objetivo estratégico. Al fin y al cabo somos sus hermanos. Formamos el gran ejército imperial. ¡Somos una piña! Ellos nunca harían algo tan despreciable. ¿O tal vez sí?

De repente noto como el teniente Tedd me zarandea desde el suelo y señala hacia el cielo. Trato de pedirle calma, pero no atiende a razones. Por fin levanto la cabeza y entonces descubro el motivo de su nerviosismo. ¡Son nuestras naves y parece que regresan para bombardear la zona de nuevo!

Tedd me pide que cargue con él sobre mis hombros, ya que no puede caminar. Está aterrorizado y me mira suplicante, con ojos de cordero degollado. Pero en ese momento la compasión no tiene cabida en mi cerebro y le aparto de mi lado con una patada en los riñones.

Trato de pensar rápidamente, pero estoy tan nervioso que no logro encontrar una salida. Deambulo de un lugar a otro, buscando un sitio donde cobijarme. Sin embargo, las cosas están difíciles. Las naves se acercan a una velocidad endiablada y ya puedo distinguir como se van preparando para el ataque.

En un último intento por sobrevivir trato de trepar a un árbol. No sé muy bien si aquello servirá de algo, pero no encuentro otra salida. Me aferro a las ramas del árbol y escalo una decena de metros. Desde las alturas puedo distinguir como los supervivientes del primer bombardeo tratan de huir de la zona, pero sus opciones son escasas. Todos gritan y corren desesperados ante la terrible evidencia de que sus vidas se acaban. En ese momento se produce la primera explosión, seguida de muchas más.

Le escena es dramática. El bombardeo está siendo demoledor y los muertos se cuentan por centenares. En realidad todo se produce con inusitada celeridad, pero para mí el tiempo ha dejado de correr. Desde mi posición, en lo alto de un árbol, veo caer las bombas a poca distancia de donde me encuentro y no puedo evitar contener la respiración. ¿Cuál de ellas me matará?

Sin embargo pasan los segundos y el bombardeo toca su fin sin que yo haya sufrido ningún daño. A mi alrededor ha quedado todo destruido. Tan solo alcanzo a ver ocasionales columnas de humo e interminables regueros de sangre. En mi cara se dibuja una gran sonrisa de felicidad y satisfacción. ¡Sí! ¡Me he salvado! No podía ser de otra manera. Yo no merecía morir de esta forma. Hubiese sido tremendamente injusto que una de esas bombas me hubiese alcanzado. ¡Yo no soy un wookiee! ¡No merecía acabar mis días arrastrándome agonizante por el suelo de este asqueroso planeta como una lagartija warfart! ¡Solo los cobardes mueren así!

Pero en un instante aquella sonrisa desaparece de mi rostro. No sé muy bien lo que ha pasado, pero de improviso he sentido un pinchazo en una pierna. Es una sensación extraña. Creo que no sabría describirla. Es algo parecido a una punzada, pero muy dolorosa. Al mirar hacia abajo descubro que algo me ha atravesado la pierna, quebrándome el fémur. ¡Maldita sea! ¡Alguien me ha disparado!

Segundos después recibo un nuevo disparo láser, que esta vez me pasa rozando. Trato de agacharme, pero es inútil. Los disparos siguen pasando muy cerca de mí. Por un momento me planteo bajar del árbol de un salto, pero rápidamente caigo en la cuenta de que con la pierna fracturada lo único que conseguiría sería romperme la crisma. Estoy desesperado y muerto de miedo… pero entonces lo veo. ¡Al fin identifico a mi atacante! Se trata del teniente Tedd, que, armado con una ballesta wookiee, me dispara salvajemente.

No alcanzo a comprender cómo aquel lisiado ha podido sobrevivir al bombardeo. ¡Es increíble! El tipo estaba desahuciado, pero ahora permanece inmóvil en el suelo, con la cara ensangrentada y llena de heridas. Tiene los brazos destrozados y las piernas amputadas a la altura de la rodilla. Es un cadáver viviente. Pero aún tiene fuerzas para empuñar aquella ballesta y noto como me mira directamente a los ojos, corroído por la rabia.

Cuando está apunto de apretar el gatillo puedo saber exactamente lo que pasa por su mente. ¡Aquella es su venganza! Él me pidió ayuda y yo se la negué cruelmente. Le dejé morir, pero de alguna forma ha llegado hasta aquí, para consumar su venganza. Eso es lo más importante para él. Después podrá morir en paz.

Por fin, el teniente Tedd, mi oficial superior, aprieta el gatillo y el arma que sostiene en sus maltrechas manos se dispara. Un instante después yo estoy muerto y mi cuerpo sin vida se precipita al vacío desde las alturas.

Es una forma cruel de morir, lo sé. Pero supongo que me lo merezco.

El guardián de la esperanza

por alex_b_harry

Un hombre permanecía inmóvil sobre las cálidas arenas del desierto de Tatooine, agazapado en la cima de una escarpada duna, tratando de no delatar su posición. Su imprecisa silueta se intuía débilmente en la oscuridad de la noche.

El silencio sepulcral del desierto era roto ocasionalmente por alaridos lejanos, exhalados por las bestias salvajes que poblaban aquellos territorios.

Tras la puesta de los dos soles que durante el día habían bañado de luz al planeta, la oscuridad había anegado toda aquella gigantesca región desértica y las temperaturas habían descendido considerablemente en toda la superficie. El viento soplaba con fuerza, transportando partículas de polvo de un lugar a otro. La visibilidad era escasa y se hacía casi imposible permanecer al descubierto.

No había nubes en el cielo, debido a la ausencia casi absoluta de humedad en el ambiente. Como de costumbre durante las noches en la zona templada del planeta, las estrellas brillaban en todo su esplendor sobre el firmamento, creando un espectáculo natural incomparable.

Por todas partes circulaban historias que hablaban de que en otros planetas la humedad se condensaba hasta tal punto que llegaba a formar nubes de tormenta, pero este era un fenómeno climatológico que los nativos de Tatooine desconocían. Para ellos, aquellas historias eran solo leyendas sin ningún fundamento real.

Uno de los proverbios más antiguos del planeta dice: «Nunca se desperdicia el agua en Tatooine. El agua debe administrarse, racionarse y reciclarse. Solo los necios que no temen a la muerte malgastan el agua».

Aquella era una gran verdad.

Y es que lo único que todos los nativos del planeta sabían a ciencia cierta era que la humedad era un bien extraordinariamente escaso en Tatooine. Por ello se había creado toda una industria dedicada a la recolección de agua. Las granjas de humedad se extendían por toda la superficie del planeta y eran célebres hasta en los rincones más alejados del universo.

Pero esos datos no significaban nada para el hombre que permanecía inmóvil bajo las estrellas, oculto entre las sombras. Él conocía perfectamente todos los secretos de Tatooine. En realidad, hacía años que aquel ingrato planeta se había convertido en su hogar. Atrás quedaron los viajes a lo largo de la galaxia y las aventuras heroicas. La vida se había simplificado mucho.

En aquel momento, Obi-Wan Kenobi se encontraba ante la granja de humedad de la familia Lars, contemplándola en absoluto silencio. Llevaba horas vigilando aquella zona, a pesar de que el lugar permanecía sumido en la más absoluta calma. Sin embargo, su instinto le decía que aquello era una mera ilusión. Obi-Wan presentía que un peligro acechaba y aguzó todos sus sentidos.

Su absoluta concentración le permitió entrar en un profundo estado de simbiosis con la fuerza. El viejo maestro Jedi se sentía ligero y vivo. Era infinitamente consciente de todo cuanto sucedía a su alrededor. Prestando atención fue capaz de distinguir el ruido producido por una mosca de arena al posarse sobre una piedra a varios metros de distancia. Percibió la sigilosa respiración de un lagarto de las dunas y el lejano aleteo de un cóndor de cuello anaranjado. Pero la naturaleza del peligro que acechaba en aquel lugar aún se mostraba esquiva.

Hasta que por fin la descubrió.

Durante los siguientes minutos, Obi-Wan se concentró en el autocontrol de su respiración. Esta fue aplacándose poco apoco hasta hacerse prácticamente inaudible. En absoluto silencio se puso en pie y dirigió su mirada al frente. Los pliegues de su túnica oscilaban violentamente agitados por ráfagas de aire caliente tan comunes en aquella zona, de forma que prefirió prescindir de ella.

Ahora, su cuerpo y su mente estaban preparados.

Cuando por fin se decidió a actuar, sus movimientos no fueron todo lo ágiles y precisos que hubiese deseado. Obi-Wan no se sorprendió al descubrir que su avanzada edad y el largo periodo de inactividad habían mermado sensiblemente sus facultades. Era algo lógico. Sin embargo, aún conservaba su destreza innata, unida al oficio y la experiencia adquiridas en combate durante las guerras clon.

Recorrer la escasa distancia que le separaba de la granja no le llevó más que unos segundos. Sus zancadas eran largas, ligeras y silenciosas. Sus adversarios no advirtieron su presencia hasta que fue demasiado tarde.

Un pequeño grupo de moradores de las arenas se había agrupado en torno a uno de los muchos evaporadores de humedad que había repartidos por las inmediaciones de propiedad de los Lars. Estas criaturas no eran demasiado inteligentes, pero con los años se habían convertido en verdaderos expertos saqueadores. De alguna forma habían descubierto los controles que hacían funcionar la pantalla de seguridad que protegía la granja y trataban de inhabilitarla.

Estas pantallas, que eran muy comunes en la zona, constaban de una red de sensores que actuaban como alarma ante la presencia de intrusos. Normalmente estas medidas bastaban para impedir que los moradores de las arenas accedieran a los bloques de viviendas, donde los granjeros acostumbraban a guardar sus modestas posesiones. Sin embargo, en esta ocasión no había sido suficiente.

Si los moradores de las arenas lograban inutilizar aquellos controles, la familia Lars se vería en graves aprietos. Obi-Wan conocía bien la forma de actuar de aquellas criaturas. Su objetivo era hacerse con todos los objetos de valor a su alcance y no dudaban a la hora de atacar y asesinar a quien se interpusiese en su camino. No tenían piedad.

Debía detenerles o aquello terminaría convirtiéndose en un baño de sangre.

El sable de luz de Obi-Wan iluminó serenamente la oscuridad de la noche, sorprendiendo a sus oponentes. Todo sucedió en un instante y ninguno de los moradores

de las arenas tuvo tiempo de reaccionar. En milésimas de segundo quedaron desarmados. Varios de ellos resultaron heridos, otros solo asustados. Pero, por fortuna, no hubo ningún muerto.

Tras la súbita contienda, Obi-Wan contempló con satisfacción como aquellas criaturas de efímero valor huían aterrorizadas de la zona y solo pudo sentir lástima por ellas.

La vida era extremadamente cruel en Tatooine y los moradores de las arenas eran solo otras víctimas más de aquel atroz ecosistema que se oponía con fulgor a cualquier signo de vida. En aquellas circunstancias, incluso los seres inteligentes terminaban sucumbiendo a sus instintos naturales más oscuros y acababan olvidando todo rastro de moralidad. Nadie podía obviar esta verdad en Tatooine. Ni tan siquiera los humanos.

Obi-Wan desterró de su mente estos pensamientos y clavó su mirada en el horizonte. Durante un segundo permaneció inmóvil, con su sable de luz sujeto entre las manos, oteando los alrededores en busca de nuevos enemigos.

Todo parecía en calma, pero inesperadamente intuyó algo. Dejándose llevar por sus sentidos, Obi-Wan ejecutó un ágil salto hacia la izquierda en el momento justo. Aquello le permitió evitar una ráfaga de disparos, que estuvo apunto de alcanzarle.

Los disparos provenían de la derecha, desde donde un pequeño y sigiloso morador de las arenas se había ocultado tras un evaporador de humedad y había esperado el momento apropiado para disparar contra su enemigo con una rudimentaria arma lanza-proyectiles.

Aquellas armas eran viejas y poco efectivas. Prácticamente habían quedado en desuso. Sin embargo, el pequeño morador de las arenas debía de haberla adquirido a través de algún contacto con contrabandistas.

Obi-Wan giró sobre sus talones y en silencio clavó su mirada en aquel endeble adversario que le amenazaba con un arma de fuego.

Su estampa era impresionante bajo la tenue luz de las estrellas.

El morador de las arenas estaba asustado. El miedo le mantenía paralizado y le impedía pensar con fluidez. Pero en un acto de desesperación apretó el gatillo, dejándose llevar por sus instintos.

Una poderosa carga de proyectiles salió despedida directamente hacia Obi-Wan. La trayectoria era la correcta, pero el veterano maestro Jedi desvió con facilidad el disparo, utilizando su espada láser.

Los segundos posteriores fueron dramáticos para el morador de las arenas. Su derrota era evidente, ya que su enemigo había demostrado ser ampliamente superior a él en la lucha. Sin embargo, cuando presentía que la hora de su muerte estaba cerca, nada ocurrió.

Obi-Wan continuó inmóvil frente a él, con su espada de luz aún en la mano, sin desviar la mirada ni un solo instante. Aquel gesto fue demoledor.

La pequeña criatura emprendió al fin la huida, siendo consciente, a su manera, de que aquel humano le había perdonado la vida.

Los moradores de las arenas no eran seres dotados de una gran inteligencia, pero aquel había entendido a la perfección el mensaje de Obi-Wan. ¡Aquella granja de

humedad era un lugar vedado! Si algo les ocurría a sus propietarios, aquel misterioso guerrero regresaría para encargarse de matarles a todos y a cada uno de ellos.

El pequeño morador de las arenas continuó corriendo hasta que su figura se perdió en la lejanía del horizonte. Ahora, la granja de los Lars estaba de nuevo a salvo, al menos de momento.

Pero entonces, cuando Obi-Wan se disponía a abandonar el lugar, algo le detuvo.

—¿Eres tú, Ben? —dijo inesperadamente una voz, quebrando el silencio de la noche.

Obi-Wan se giró lentamente. Al hacerlo se encontró frente a frente con Owen Lars. Junto a él había un muchacho, de unos trece años. El corazón del viejo Jedi dio un vuelco.

—Llevas muchos años sin aparecer. Llegamos a creer que finalmente habías abandonado Tatooine.

—Me gusta permanecer en un segundo plano. Pero nunca me he marchado. Mi misión aquí aún no ha concluido —dijo Obi-Wan, dejando que una suave sonrisa iluminase su rostro.

Al pronunciar estas proféticas palabras, las estrellas bañaban aquel viejo rostro cargado de solemnidad cuyos rasgos se habían endurecido notablemente con el paso de los años. Obi-Wan fijó toda su atención en Luke, que le observaba fascinado.

—¿Quién es este señor, tío Owen? —preguntó el pequeño Luke, que no podía dejar de mirar a aquel misterioso individuo que había aparecido de la nada.

—Es Ben Kenobi. Un viejo eremita que vive solo en el desierto.

—¿Es un guerrero?

—No Luke, ya no lo es.

Obi-Wan permanecía en silencio, contemplando la escena. En un gesto de profundo afecto, el viejo Jedi acarició los revoltosos cabellos del muchacho.

Aquello hizo que Owen Lars interviniese, visiblemente preocupado.

—Vamos Luke, vuelve a la cama. Ahora tengo que hablar con Ben a solas.

—Está bien, tío Owen.

Obi-Wan contempló como su protegido se alejaba, sin decir nada. Hasta que Owen Lars tomó la palabra.

—He escuchado unos disparos, Ben. ¿Eran moradores de las arenas?

—Así es. Se mueven con sigilo y son muy hábiles. Han logrado penetrar en vuestra propiedad sin que lo percibieseis. Cuando les he localizado, trataban de desconectar los sistemas de alarma que protegen la zona para asaltar la granja en mitad de la noche, aprovechando vuestras horas de sueño.

—¿Hubiesen matado a mi familia? —la voz de Owen transmitía un gran temor.

El viejo maestro Jedi asintió en silencio.

—Esas criaturas son cada vez más peligrosas. Algún día puede suceder una desgracia. Creo que mañana mandaré a Luke a la ciudad, para que consiga un par de droides centinelas —dijo Owen.

Al escuchar el nombre de Luke, Obi-Wan no pudo evitar que la nostalgia se adueñase de su mente. Era como si un torrente de recuerdos hubiese acudido de pronto a su memoria. Durante unos segundos el silencio se hizo insoportable.

—¿El muchacho está bien? —preguntó al fin Obi-Wan, con la voz imperceptiblemente quebrada por la emoción.

—Sí, el chico crece fuerte y sano.

—¿Crees que la Fuerza es poderosa en él?

—No me interesan esas cosas. Y Luke tampoco cree en ellas.

—Pronto descubrirá sus poderes. Es inevitable. La Fuerza está muy arraigada en su familia.

—¡No permitiré que le ocurra lo mismo que le sucedió a su padre!

Obi-Wan guardó silencio, pero Owen podía leer en sus ojos.

—No he venido para llevármelo, Owen. Aún no. Puedes estar tranquilo.

—Pero, ¿qué ocurrirá en el futuro?

—Pronto estará preparado para afrontar su destino.

Aquello disgustó visiblemente a Owen.

—Luke es solo un muchacho. No tenéis derecho a mezclarle en vuestra guerra —protestó.

—Ese muchacho es nuestra última esperanza —dijo Obi-Wan, dando por concluida la conversación.

Ha nacido el caza recompenzas

por alex_b_harry

Boba no lo podía creer. Aquel Jedi, aquel miserable guerrero había decapitado a su padre. Siempre había tenido, como cualquier hijo, a su padre como un dios, ni en lo más profundo de su corazón pensaría que, cuando le vio bajar a la arena, acabara en el suelo, sin vida. Todo fue muy rápido… Boba Fett, sin creer aún lo que veían sus ojos, comenzó a desparramar lágrimas en silencio…

De pronto, el conde Dooku hizo parar la batalla. Seguidamente, intentó negociar precisamente con el asesino que acababa de acabar con su padre. Para alegría de Boba Fett, el acuerdo no se llevó a cabo, y los jedi se disponían a morir. Pero otra sorpresa cubrió la luz del sol. Sin previo aviso, naves militares comenzaron a descender del cielo, protegiendo con un perímetro a los jedi rodeados en el campo de batalla. Al parecer, todos aquellos «protectores de la paz» huían rápidamente de una muerte segura. Dooku, viendo la trampa que le habían preparado, dio media vuelta y se dispuso a marchar pero… se detuvo delante de Boba y le miró a los ojos. El viejo anciano parecía estar sintiéndose culpable, sabía que la muerte de Jango Fett había podido ser evitada. El Conde bajó los ojos apenados y pronunciando: «Lo siento muchacho», se alejó con sus guardaespaldas hacia la protección de su ejército.

Toda la arena había quedado en silencio, repleta de cuerpos de jedi y de droides de combate. Cerca del reek yacía el cuerpo de su padre, y a unos metros más lejos… la cabeza. Boba fue despacio hacia el casco de la armadura mandaloriana. Lo cogió, la cabeza seguía dentro… pero Boba apoyó su cabeza junto al visor del casco. Sus ojos cerrados dejaban caer lágrimas poco a poco, bañando su rostro. De pronto, sintió una voz tras él, al parecer era uno de esos soldados blancos republicanos que, a pesar de todo, eran la viva imagen de su padre tras aquella armadura. «Chico, ¿estás bien? Este no es lugar para un niño. Ven, te llevaremos a casa. ¿Cómo te llamas?».

Boba, encolerizado, abrió los ojos… A través del visor del casco se veían los de su padre, con la expresión de cualquier muerto, portando el rostro del miedo. Aún llorando, y esta vez gritando, el pequeño clon pronunció «¡Boba Fett!». Rápidamente, el chico cogió una de las armas de su padre, dio media vuelta y disparó al soldado que quería ayudarle…

Preguntas y respuestas

por Javi-Wan Kenobi

¿Por qué cuando se estornuda la gente contesta «*Jesús*»?

He podido averiguar en los archivos del senado de la Nueva República, en la ciudad-planeta de Coruscant, que en tiempos de la Antigua República, cuando los Caballeros Jedi aún eran los guardianes de la paz y la justicia en la galaxia, vivió un tal Jesús Tomás Grande, senador del planeta Gripp'Eh VII. Este planeta tenía unas características similares a Hoth, el planeta helado donde *el Imperio contraatacó*, con lo cual no es de extrañar que los gripp'esianos, seres humanoides de 2'5 metros de estatura media, se resfriaran con cierta frecuencia. El tal Jesús Tomás, sin ir más lejos, era especialmente proclive a ello. Dada su envergadura, sus estornudos resultaban exageradamente ruidosos, tremendamente escandalosos y, por añadidura, asquerosamente salpicantes. (Hay que reseñar que la saliva de los gripp'esianos es de color verde fosforescente, con lo que es fácilmente reconocible un gripp'esiano resfriado incluso con poca luz). La magnitud acústica de esos estornudos era tal que aunque estuvieran en la otra punta del edificio senatorial, el resto de senadores podía reconocer el sonido y exclamaban: «*¡Jesús Tomás Grande!*». Con el tiempo, esa frase se convirtió en la coletilla habitual tras un estornudo especialmente escandaloso, fuera o no emitido por J. T. Grande, y al final pasó a decirse después de cualquier estornudo.

Tras las Guerras Clon, cuando el Canciller Supremo Palpatine persiguió a los Caballeros Jedi, se autoproclamó Emperador y disolvió el Senado, promulgó una ley que prohibía nombrar a los antiguos senadores con más de dos palabras (entre nombres de pila y apellidos), con lo que la costumbre, ya fuertemente arraigada, de decir «*¡Jesús Tomás Grande!*» tras un estornudo se convirtió en delito de la noche a la mañana. Para evitar problemas con las fuerzas imperiales, el pueblo se acostumbró a decir sólo «*¡Jesús!*».

Años más tarde, cuando Luke Skywalker restauró la Orden Jedi y su hermana Leia Organa Solo presidía la Nueva República, intentaron crear la costumbre de que, tras un estornudo, se exclamara «*¡Que la Fuerza te acompañe!*», pero no cuajó.

¿Por qué se dice *«darla con queso»* al referirse a engañar a alguien?

Hace mucho tiempo,
en una galaxia muy, muy lejana…

Cuentan los cronistas no oficiales de Nar Shaddaa, la luna de los contrabandistas, que en tiempos del Imperio vivió un señor del crimen llamado Darla Bozdaa Larma, primo segundo de Jabba Desilijic Tiure, más conocido como Jabba el Hutt.

Darla el Hutt no era ni tan rico ni tan poderoso como su pariente, y eso le sentaba como una patada en los ganglios seminales. Por eso decidió eliminar a la red de contrabandistas de Jabba para que los suyos tuvieran menos competencia y poder enriquecerse más rápidamente.

Su plan era el siguiente: Contrataría cada vez, con un falso nombre, a dos de los contrabandistas de Jabba para que realizasen el mismo trabajo. De esta forma, por la competencia natural entre contrabandistas, ellos mismos se irían eliminando entre sí, haciéndole a Darla el trabajo sucio sin ni siquiera tener que mover un apéndice dactilar.

Los dos primeros contrabandistas elegidos fueron Han Solo y Lando Calrissian. Por aquel entonces Han y Lando no se conocían apenas, solamente sabían el uno del otro que ambos trabajaban esporádicamente para Jabba el Hutt.

La lucha entre ambos contrabandistas fue dura. Al final, se encontraron en el hangar del *Halcón Milenario* (por aquel entonces propiedad de Lando) con la carga requerida por el enigmático contratante, Kieng Saabeh.

Ya habían desenfundado sus blasters y estaban a punto de enviarse mutuamente a ser uno con la fuerza, cuando apareció Seek Reht'itos, uno de los espías bothan de Jabba. Pudo detenerles antes de que dispararan y les explicó la jugada de Darla.

En ese momento, los dos contrabandistas pensaron: «¡Darla! ¡Con que eso pretendía!».

Pero al ir a expresar sus pensamientos en voz alta, ambos empezaron al mismo tiempo:

—¡Darla! ¡Con que eso…!

Y al ver que iban a decir lo mismo, se detuvieron y comenzaron a reír, dando comienzo a la amistad que los unió desde entonces. Y este es el origen de la expresión ***«darla con queso»*** cuando se engaña a alguien.

Os lo juro por la gloria de Qui-Gon.

P. D.: Por supuesto, al enterarse Jabba de los tejemanejes de su primo, envió ni corto ni perezoso a su mejor cazarrecompensas, Boba Fett, a ajustarle las cuentas. Según se rumorea, Darla murió a causa del famoso *«transistor de efecto de campo» de Boba*.